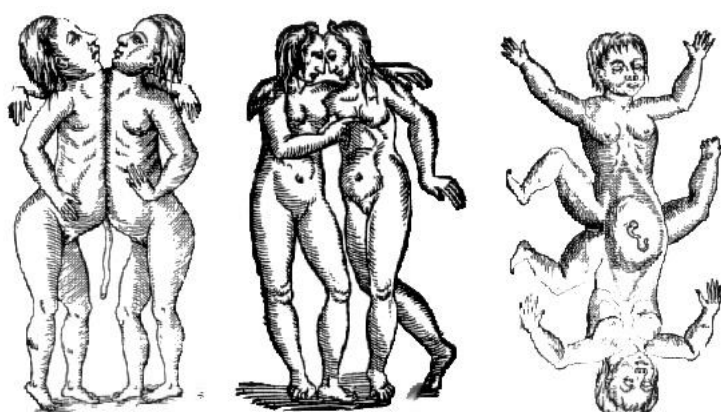


JUAN GARCÍA LARRONDO

PERVERSOS INCOMPLETOS

(POEMAS ESCOGIDOS)



ÍNTIMA RECOPIACIÓN Y ESCOMBRO

(1992-1997)

(SELECCIÓN)



1

Por encima del baluarte,
sobre músicas marinas,
un Ángel se autorretrata.

Yo le veo.

Le observo.

Nada le inquieta.

A idéntica hora contra el océano se estrella
día tras día, cada ocaso, sin aceptar mi ayuda.

¿Acaso tiene el mar
algo que ver conmigo?

2

Terrible estío. Se va.

Se acerca el invierno,
terrible invierno.

Todavía nos queda
el otoño más terrible.

(Suspiros)

¡Ay, amor de primavera!

La lucha que sostengo
rinde mi alma derrotada,
herida, exiliada, melancólica.
Quisiera versos, canciones,
no epitafios ni silencios,
no la quimera dolorosa
de la razón contra el destino.

Quisiera besos, amores,
no tu ausencia de mi reino
no la espina de esta rosa
de imposible añil marino.

Las batallas que gané
son guerras que he perdido.
Las veces que mentí,
triunfos que me han vencido.
Todo lo lloré después
combatiéndome a mí mismo.

Quisiera, por eso, renacer
para el amor, para la vida,
para el delirio, para los sueños.
Para volver a ser hombre
o para terminar de serlo.

Viene de antes de los vapores,
de las estrellas, de los errantes.

Fue previo a lo oscuro, al dios,
a la no luz, al primer instante.

Anterior incluso a la materia,
al sueño, al aliento primitivo.

Allí quiero empujarnos
y aguantar contigo la respiración.
No nacer, ni tan siquiera vivir.

Amor es nada, amor es todo.
Amor es flotante y eternidad.

Te escribí palabras y lenguas que inventé.
Mientras tú me enseñabas a mentir.
Te volqué del firmamento derretido
los ríos de la cara o~~e~~ulta de la luna.
Tú me regalaste un reloj y un vestido de aire.
El caos ordenado, madrugadas de locura.

Ciego, mi sombra vi de ángel a tus pies.
Alas rotas de esta gravedad desesperada.

¿Adónde muere el Universo?
Quiero ir justo allí, donde Ícaro.
Acabar fundido, abdicar en ti,
en el cielo del infierno que me abriste.
Quemarme, arder en tu celeste pecho,
mientras me demuestras con tus besos
-matemáticamente, por supuesto-
que un último dios existe todavía.

Huyendo en vano he vuelto,
cuanto me alejé lo desanduve luego.
No al mismo sitio de entonces,
no al cálido lecho del recuerdo.

Retorno indigno a tus cimientos
quizás de ausencia, malvado,
en incurable agonía de negarte.

Huyendo en vano de tu centro,
las cicatrices todas se redimen.
Regresas, o algo así,
Porque los corazones son cobardes,
cuando duelen los latidos del invierno.

Hemos matado al dios Amor.
Donde ayer hubo batallas y promesas
quedan ahora tácitos silencios.

Huyendo en vano he retornado
en sombra buscando luz oscura.
Siempre volver, morir mejor así,
la íntima recopilación y escombros
de un pésimo poeta y de su verso.

ECBATANA

(1998)

(SELECCIÓN)



1

¡Salud a los que parten!
Quedan tras las murallas sus latidos,
tormentas de amor, palacios de arena:
Leyendas y sueños de Ecbatana.

Los nombres de los amantes, pálidos,
yacen inertes desde sus orígenes,
esculpidos en el tiempo como esquelas,
en el ónfalos esclavos de unas dunas.

Sus hazañas en relieves, sepultadas,
decapitadas bajo rutas milenarias.
Ídolos que, de tanto amarse, erosionados,
despertaron el asombro de profanadores,
uranistas y arqueólogos de urbes imposibles.
Los visitantes todavía se preguntan:
¿No fue antes todo esto ya soñado?

Tras la euforia, ebrios, por el alba,
el eco aullado de los muertos
descubre desordenadas las teselas
de otro amor anónimo y en balde.
¡Salud a los llegan!

2

Te siento llegar, atravesar la puerta
confundido en arena del desierto.

No te laves, no borres de tu rostro
el recuerdo de la caravana.

Que la fuente no se lleve aquello
que mis besos soñaron con robarte.

3

¿Qué haces cuando no me abrazas?
Te digo lo que yo hago: te invento.

4

Quieran tus dioses y los míos
que Amor nos alimente el vientre.

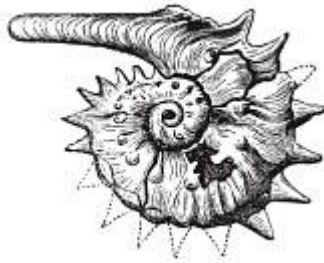
No hay ser más afortunado
que aquel que bebe en unos labios
a un dios enamorado y a su sangre.

Certero dardo atraviesa la pupila,
alfombra de jazmines, ruta para náufragos.
El camino de la cerradura que desandas
otros cielos envidian y suspiran por tocarlo.

Pero todo yo me quiebro y arde el mapa
por tu fuego que sujeta mis rendijas,
icore avivando hálitos y traviesas llamas.

Soñé que me atabas a tu escalofrío,
que de todos los favoritos, el errante,
señalabas mi Fortuna y a mis manes.

Pasaste una noche conmigo, trashumante,
y yo te consagré las auroras de mi reino,
mi juventud, sus tesoros
y los últimos suspiros.



Se afanan en definir el amor,
en hurgar razones y ciencias para nada.
Nosotros invitamos a los incrédulos
a nuestros banquetes de Ecbatana.

Compartimos vino y aguas doradas,
músicas y espejos para la lascivia.
No podrán pedir lo que les falta.
Todo damos y no nos sobra nada.

De esa lid están forjados los sueños,
el pervivir, la gloria y la tierra a que tornamos.

Nos echaremos de menos.
Feliz regreso, feliz augurio.
Dormí bien bajo la túnica de este cuerpo
que ignotos caminos ya recorre.
Evaporarme y dejar espacio
a la sombra que tímida se desvanece.
¡Salve, cenizas! ¡Salud, viento!
A cada cual le aguarda su genio
y la queda paz al fin de la batalla.

Quede constancia de que a ciegas
escribo con las alas desplegadas.

Que sepan quienes a leer aprendieron
que a mis miedos pudieron mis locuras,
que me aferro a esta raza de náufragos,
que me sé de memoria mis bajezas:
las miserias y condenas que merezco.

Quede escrito que no persigo alturas,
sino aprender mi vuelo y retornar a casa.

Quede a quien pudiera interesarle
esta palabra del poeta y de su boca.

Que lo que pido es poco: un céfiro en calma
y el pecho de mi amor acantilado,
para anidar en paz bajo sus nubes,
sus tormentas, sus suspiros y sus aguas.



Sueño.
Soy un melocotón.
Me giro en el lecho de almíbar
y te encuentro flotante en mi piel.
Suave dices que vaciarás de tesoros
el museo para guardarme dentro.
Yo sonrío. Tú abres las puertas.
Soy un melocotón.
¿Sueño?

En los mares de la Luna
imagino mis quimeras
y se iluminan mis locuras.

¿De quiénes son los ojos
que me miran cuando miro
las estrellas y las lágrimas?

Tu ausencia ha matado el jardín
y me he deshojado como rosa del desierto.

De los pétalos caídos crece un tálamo
y el invierno entumece mi túnica mojada.

Dicen que la guerra persa ha terminado
pero tus labios no abrieron la corola de mis ojos.

Volviste solo a darte un baño,
a reorganizar, derrotado, tus ejércitos.
No me despertaste ni sentí cálidas tus manos.
No pasaste a raptarme por el lecho.

Simplemente creí que eras la lluvia,
que querías proseguir mi sueño con tu sueño.

El revuelo de los perros,
Los sonidos silenciados de tu marcha.

Simplemente creí que eras la lluvia,
y torné a morir en mi propia pesadilla.

Había vuelto el amor a Ecbatana
y a mí me sorprendió durmiendo.

ABDICACIÓN Y POSTERIOR ASUNCIÓN DE DIOCLES, EL PAGANO

(2013)



A Sebastián Villanueva, mártir.

1

Las apariciones del incubo dieron comienzo un atardecer de primavera. Aristóbulo, el jardinero cuya presencia es la única que permito en el huerto, fue también testigo del advenimiento. Ese día arrancábamos tubérculos. Aquellos que planté justo cuando dejé de ser emperador para coronarme labriego de Spalaturn. No conozco ningún otro monarca con semejante privilegio.

Acababa de ordenar a obreros y a tallistas ultimar las cubiertas del sector norte del palacio para que no me molestaran deambulando por las cárcavas del único territorio romano que ahora me interesa. Solo así consigo estar en paz en mi jardín privado, entre árboles frutales, hortalizas y semillas de todos los rincones del Imperio recopiladas, como hijos ilegítimos, durante las expediciones y los viajes. Es mi mausoleo. Soy el único agricultor que posee su propio túmulo dentro de una inmensa fortaleza cuyas estancias y lujos cada vez preciso menos, pues solo me alimento de aquello que yo mismo siembro.

Pero todo cuanto pruebo es amargo. No puedo huir de mis recuerdos. En este santuario hasta la belleza y los más exquisitos manjares me perturban. Todo cuanto emprendo sé que acabará tras mi muerte y será sepultado bajo un sudario de olvido. Este

eterno invierno en el que vivo oculto destruye mi cosecha como lluvia de granizo. Y la tarde que reapareciste, penaba yo en la más hiriente de las culpas.

Vi tu luz poniendo en evidencia la vejez y la suciedad de mis manos. Alcé los ojos y creí que eras Tánatos alado venido del inframundo a llevarme consigo. Me equivoqué. Me había equivocado siempre.

Tras la conmoción y la garganta seca, me dijiste algo en una lengua todavía no inventada. Pero era tu voz, serena, como de niño, la que gritó mi nombre con exigente machobombría: ¡Diocles!

Cuando quise contestarte ya no estabas.

Aristóbulo bajó los ojos y simuló no haberte visto. En mi costado comenzó a sangrar una antigua herida de flecha. No recuerdo de qué guerra perdida.

Entonces, uno de los podencos me trajo en su boca, como inequívoca señal de tu llegada, un gorrioncillo casi muerto. En vano traté de salvarlo. Mi pecho helado le quebró las alas y expiró al instante entre mis dedos, mientras tú también te evaporabas.

Esa tarde, furioso, mandé talar todos los árboles que me recordaban la belleza de tu espalda atada y el remordimiento de tu martirio. Luego yo mismo enterré al pajarito y, con él, mis últimos días de juventud.

Aristóbulo, quizás dolido por mi mal carácter, sostiene que en aquella parte del jardín, ahora solo crecen ortigas.

Yo lo ignoro. Desde aquel instante, todas las tardes que tengo fuerzas para llegar hasta allí, me siento en ese rincón del huerto y me quedo quieto durante horas, mirando hacia el cielo por si acaso decidieses otra vez aparecerte. Pero a mi alrededor no veo crecer nada. Solo cardos y otras malas hierbas.

Sobre tu espalda derramé sudores y bajezas
Sobre tu vientre cabalgué rutas secretas
En tu nombre renegué del mío, de los ancestros
Y te amé como si te amara desde siempre.
Abandoné filias y gobiernos,
Y diseñé en el relieve de tu pecho
Las fronteras de un mundo ingobernable:
Tetrarquías de amor, desnudez, misericordia.
Tu dios y el mío inflamados
testes de cómplices deseos.
Jugos sobre la boca que bebió después
mi desprecio de Eros derrotado.
Sobre tu cuerpo derramé miserias y temores
Sobre tu vientre abrí camino a los arúspices
Que leyeron en tus vísceras lo que yo antes les dicté.
No soporté tu arrogancia, tu juventud,
Tu idolatría hacia ciegos oráculos de iluminados.
Te desclavé del enhiesto falo sin ternura.
Te exilié, te engañé, ordené tu escarnio
Y no revelé nada nunca a nadie.
¿Quién iba a decirme que después,
las horas que me lloraste,
iba yo a penarlas luego?

No dejo de reflexionar y de revisar los planos: Los muros que el arquitecto griego ha diseñado no son suficientemente altos. No me aíslan de mis remordimientos, ni evitan que las voces del gentío murmuren sobre mi renuncia al gobierno de un mundo que se desmorona. Siento que cualquier susurro puede cercenar, con la exactitud de un instrumento de cirujano, el adobe más compacto, el gabinete más secreto. Atravesar, prístino, mis oídos ya sordos de tanto grito soportado, y provocar en mi cerebro el dolor más certero.

He cometido muchos fallos. He sido el adversario del dios más vengativo de todos. También he restaurado el mundo y he fundado paces que han nacido con la ilusa pretensión de ser eternas. Todos los muros que he levantado en esta periferia en la que nací con el nombre de Diocles, absolutamente todos, amenazan con venírseme encima. Y, aún así, los seguiría elevando si pudiera hasta encerrarme en una cúpula bajo la bóveda del cielo.

Al final, no me diferencio del peor de los hombres: Yo reemplacé, arrogante, la paz y la felicidad de este lugar con las tormentas de una avaricia nunca satisfecha.

Ahora recojo cuanto sembré: Coles, espejismos y alguna fruta algo picada, ingredientes primordiales de una dieta que yo mismo me preparo por miedo a ser envenenado. Temo más las manos de un hombre que los dedos de un dios colérico.

Como Hades, cerceno amargas hierbas que no curan y flores que apenas duran una vez cortadas. Recolecto soledad, alguna fugaz evocación de gloria y malas nuevas que traen los legados de Tréveris, de Nicomedia o Mindolano: Mi hija Valeria no vendrá este mes tampoco a visitarme. Y cuando no cabría en mi corazón mayor tristeza, acabo de recibir la cruel noticia de la muerte de Maximiano.

Así es. Todos los muros los derrumba el simple zumbido de una mosca. El temblor de una mano que se apoya en la nada para evitar caerse sobre el mosaico del pretorio basta para quebrar todo cuánto creímos irrompible.

La soberbia sobre la que me levanté tiene hoy pies de burda arena. Cuan más altos ordeno construir los muros del palacio, más expuestas están mis íntimas vergüenzas.

Bastaría un beso tuyo para desolarlo todo.

Otros ojos te vieron con vida.
Otras manos te los cerraron.
El barro ahogó los versos, las canciones,
y entumeció las coordenadas de tu anatomía,
tantas veces deseada, tantas otras eludida.
Todas las palabras que no dije ahogan
las que pronuncié a favor o en contra
enhebrando ahora tu mortaja descosida.
No te lloraré. No te haré esperar ni sufrir más.
Descenderé contigo en tu cortejo.
Cuando nadie me vea, le rezaré a tu dios
por tus razones y tu memoria dañada.
Y en silencio, yo mismo lavaré tu rostro
y suplicaré, herida por herida,
seguir pronto la senda de tus pasos.
Que la tierra te sea leve,
mi dulce pretoriano.
Y vengan a predicarme ya las Parcas.
Para iniciar el viaje guiado de tu mano
compartiendo en nuestras lenguas
un beso póstumo y una única moneda.

Con qué frecuencia sueño y anhelo el momento, ese punto de inflexión en que pueda alzar la mirada de mi triste sombra y me consuele el color del cielo tras las copas de los árboles.

Sueño y anhelo el ungüento, la pócima sedante que calme mis demonios luchando en la cueva de mi vientre. En vano el médico persa, al que apenas entiendo, se esfuerza por contentarme con inminentes mejorías. Sé que miente y yo participo de su engaño. No hay hechizo que desvanezca tu aroma de cualquier pliegue de mi lecho. Tampoco quiromancia que me lo devuelva.

Observa qué ingenuo sigo siendo. He ordenado esconder tus armas, tu toga y tus recuerdos en el lugar más recóndito del palacio, donde mis manos no puedan encontrar tus restos para acariciarlos con nostalgia. Pero, ¿sabes qué? Esta mañana golpeé con soberbia a una esclava para que me dijera dónde estaba la joya que me regalaste: aquella cadena con dos pequeñas manos que debían servir para atarme la capa sobre el pecho.

Tú me hiciste mejor persona y ahora me prodigo en necedades y vilezas. Pobre chiquilla. No se merecía ni mi saña ni su providencia.

Cuando nadie me escucha, a esa hora terrible del vacío, me aferro a fugaces esperanzas. Sueño que has vuelto, que no te expulsé nunca, que las nuevas del norte que de ti me llegan son maledicciones de la turba. Así, me adormezco en fugaz y díscola inocencia. Cesa el dolor un instante y es entonces cuando puedo soñar y anhelarte sin azoramientos: el inicio de un camino nuevo que yo mismo garabateo con mis pasos y la arquitectura de mis decisiones, sin fantasías, sin dolores, con los miedos justos para mantener el equilibrio y un abrigo de ilusión para consolarme por todos esos errores que cometí por ser tu rey y por dejar de serlo.

Soplando pestañas al aire dejo un desierto al borde de mis párpados. Sobre él mis sueños y deseos mundanos se derraman al despertar cada mañana. Y me paso el día esperando la llegada de la noche para volver a dormir de nuevo...

Ha sido solo un momento, un sorbo de aire. Al abrir los ojos, ya ni siquiera oigo el mar. Y a solas me atraganto otra vez en tu silencio con el más caro vino del Imperio...

Vuelve, copero,
a rebosar mi cuenco de las ceremonias.
Adormece mis latidos y dale paz al odre de mi cuerpo.
La vida se me filtra por las heridas, nada cicatriza
esta piel gastada y desesperada de caricias.
Regresa lebel al yugo de mis plantas
a lamer la yaga, la fuente, la secuela del olvido.
Mira que todo cuando escribo inspira lástima
y yo nací para iluminar al orbe de grandezas.

¿De qué me sirven reinos, siervos, perlas extintas?
¿Para quién los besos que no me das,
las dádivas perdidas que no alcanzas?
Aprendes lenguas nuevas, reposas otras guerras
Hay una vida tuya que a mi vivir me niega
Invento poemas que ya no escuchas
Y, ebrio, pero del más agrio de los vinos
Sopeso con torpeza la llegada de tu reconquista.
¡Miserables ambos y nuestras vanidades!
Tus lágrimas fueron el parto de mis flechas
Y ahora fermentan el veneno de mi copa.

Cierro los ojos...

Aprieto mis párpados y nítido te contemplo.
Al aire abandono el tálamo desprotegido.
Retrocedo los pasos contados, los no vividos,
y a ciegas dibujo huellas en las tinieblas
de un hombre caminando en el vacío.

Dudo, balanceo, finjo mantener el equilibrio:
el abismo sustenta la impudicia de mis plantas.
Atravieso estancias, secretos, a tientas un pasillo
que mis manos acarician, que inventa mi locura:
un mosaico en la pared, un trampantojo,
fantasías de cuanto imaginé haber construido.

Sigo a oscuras, la profecía se desvanece.
Suplico clemencia a dioses en quienes nunca creí
y a los que tantos templos consagré.

Cierro los ojos...

Hasta el vértigo, hasta lo imposible.
Fuera zozobra un mundo que no supe gobernar.
Naufraga mi corazón en picado al turbio piélago.
Nada ni nadie dormirá ni pagará por sus latidos.

Concluyo, toco fondo, arribo al fin del laberinto.
La piel fría de un espejo, en cenizas repujado,
sutil, se hace añicos al contacto de mis dedos.

Aúllan, lejos, alimañas abisales. Arrecia el céfiro.
El océano es mi padre, mi cuna, ubre dorada.
Tiempo, miedo, amor, hastío... ¡Desapareced!
Amanece, sueño, en subterráneo lecho.
Revélame la realidad, el deseo, el rostro verdadero.

Y ábreme los ojos a la luz de un mundo nuevo.

ADVENTUS

...Ya está casi todo escrito. Algunas de las palabras siempre podrán estar mejor dispuestas, incluso muchas me serán hasta extrañas y contrarias. Pero basta ya. Nunca se dice ni se escribe lo suficiente. Ni tampoco honramos como merece la sabiduría del silencio. Todo trascenderá de mí y me arrastrará hasta negarme. Mi memoria no será más que una sombra, una escultura que podrá esculpir cualquiera según su albedrío o el vértigo del tiempo y, desde luego, no se asemejará en casi nada a lo que fui. Es justo que así sea y que todas mis huellas se confundan en cenizas. Ahora quiero ocuparme de mi paz y despojarme de esta toga de culpas que me ha ceñido el alma desde siempre. Pido disculpas por concederle, en este extremo, un último honor a mi cuerpo y al espíritu que le ha insuflado vida y movimiento. Quiero ser libre para morir, para acabarme completamente etéreo, para simplificarme, para alejarme de todo lo que he sido y ser consciente de lo que por último seré.

Así, conclúyete, cuerpo y genio, mézclate con los elementos de este sueño y transfórmate en otra sustancia. Estaremos de esta suerte siempre juntos, quizás, cómplices y al fin de acuerdo, y perteneceremos al Universo o a la Nada, conforme a la naturaleza de las cosas que creímos o que desconocemos. Con lo dicho, con lo escrito, con lo que falta por vivir o ser cantado. Nada de eso ya nos sirve. Nada de eso importa allá donde vamos o donde nunca llegaremos. La vanidad ha de ser lastre y lustre que avive nuestra pira. Por ello, prohibo la presencia de hierofantes y sacerdotes en mi exequia; ni tan siquiera el más mínimo consuelo o arrepentimiento ante los dioses en los que nunca he confiado. A lo sumo, una moneda en la boca, verso y reverso incompleto del metal menos noble; pero no para pagar al barquero, si no para que arda conmigo y sirva luego a mis cenizas como ancla para descender al mar que nadé de niño. Que mi verbo y mis escombros se derramen en la marisma rocosa de una playa, donde imaginé imperios, ciudades y geografías imposibles, y donde quiero regresar para ser nuevamente agua.

He dado instrucciones a sirvientes y amigos para que me concedan este último consuelo, esta última y simple pompa. No quiero ritos, no quiero sarcófagos ni plañideras, no quiero homenajes ni que sepulten mis huesos para que se pudran. Fuego y después agua: ya lo he dicho. Humo y limo. Pero mucho me temo que no me obedecerán, pues nadie cumple jamás la voluntad de ningún muerto, por grande que haya sido su reinado y grandiosas sus proezas...

No voy a postergarlo. Cuando todo esté dispuesto, espero que no me tiemble la mano, que nada me impida consumir el trámite de la forma más rápida e indolora. El día y el momento ya me los anunciaste el día que te apareciste en mi huerto y el lebrél sacrificó aquel gorrioncillo como ofrenda... ¿Lo recuerdas? Sí, todavía la memoria se divierte conmigo y me provoca algún que otro espejismo, más o menos malvado. Solo los recuerdos del amor confortan mis últimos suspiros. Gracias a ellos, se almibara esta rendida despedida y

hacen que me adormile, embriagado por un sopor en el que todo se alía y participa: el océano más allá de las columnas, la debesa, tus ojos, las caricias de una madre, tu perfume, el lamido de las fieras, tus abrazos, tus flechas, la lluvia, las lágrimas, la mirada de un fiel compañero, tu sonrisa...

No sé quién aguarda ahí afuera. No sé dónde me han traído, pero oigo el rumor del mar como si siguiera estando justo detrás de los muros que levanté y que nunca sirvieron de nada. Tengo grabado su susurro en lo más profundo de mi mente. Lo puedo oír mejor al cerrar los ojos. Y, al hacerlo, se me aparecen, brillantes, unos ojos de miel morena y un rostro amado que me besa. No sé si eres tú o una quimera que he creado mezclando a todos los seres a quienes alguna vez amé. Estáis aquí, de alguna manera, sé que estáis aquí conmigo. Todas las presencias y hasta las escenas que ahora confundo como inventadas o vividas, moriréis fugazmente conmigo o alcanzaréis la eternidad, si es que algo semejante existe y somos dignos de aferrarla. Luego, debéis olvidarme y proseguir la ventura que iniciasteis antes de mi llegada. Os libero a todos de mi tiranía y de mis favores. Si el mar es finito, en el faro de la otra orilla encenderé fuego para que podamos encontrarnos en épocas venideras, al igual que yo buscaré las hogueras que, espero, mantengan mis legiones encendidas...

Al fin, asisto sin oponerme al desfile de las luces que se apagan y al silencio. Hace ya años que ordené retirar del palacio todos los espejos. No preciso testigos. Me basta con que tú, adoptando la forma y el aspecto que se te antoje, me perdones y abras una ventana próxima a mi lecho tras el estertor definitivo para que culmine mi asunción. Solo entonces podrá volar mi alma como un pajarillo liberado de las fauces del tiempo y elevarse, celeste, hacia los confines del cielo...

